

**El pequeño
huerto de la
joven Else**

Válper Ben





Editorial Calipigia certifica que este libro ha sido creado plenamente por seres humanos, es decir, ha sido escrito, corregido, diseñado, maquetado y editado por personas, porque creemos que dejar que las máquinas escriban por nosotros es tan estúpido como dejar que follen por nosotros.

El pequeño huerto de la joven Else

© Válper Ben 2026

© Ediciones Calipigia 2026

1.^a edición octubre 2026

ISBN: 978-84-129865-2-5

Depósito Legal: M-

Imágenes de cubierta: Montaje basado en fotografías de dominio público, a) probablemente la modelo Isabel Gardner fotografiada por Alfred Cheney Johnston antes de 1931 y b) fotografía anónima de Berlín de 1928.

I

SOLO HABÍA VISTO A AQUEL HOMBRE UNA VEZ ANTES Y ahora me sentaba a su lado en el pescante mientras mis hermanas me despedían. La pequeña lloraba como cuando se caía entre las piedras, pero en silencio, como si la pena le ocupara todo el pecho y no dejara salir el sonido de su voz. La mediana, en cambio, se esforzaba por retener las lágrimas, seguramente porque sabía que tarde o temprano ella misma debía emprender un camino similar y quería ya hacer acopio de fuerzas para entonces.

Antes, al abrazarme y besarme para despedirme, mi madre me había dicho:

—Hija, sé que desde hoy ya no te veré mucho, pero me consuela saber que serás una buena esposa.

Cogí en el regazo el paquete con algo de comida para el viaje que me había preparado. El olor de la comida conseguía reconfortarme y evitaba a duras penas que me llegara el de aquel hombre, un olor agrio mucho más fuerte que el de mi padre, que me había des-

pedido con la mirada después de darle a él un apretón de manos. Yo sabía que también le dolía mi partida, pero no era hombre de muchos sentimientos. Cargó en el carro mi pequeña bolsa, que solo contenía mi otro vestido, un viejo camión y algunos cachivaches y trebejos que quise llevarme más para que me recordaran mi casa que porque me fueran a ser útiles. No llevaba mucho más ya que apenas teníamos nada. El hombre había dicho que no necesitaba dote ni ajuar, que tenía todo lo necesario de su difunta esposa. En cambio, él, la primera vez que vino, trajo dos terneros que entregó a mi padre y un pequeño paquete que mi padre guardó rápidamente y que debía de ser quizá dinero.

Nos esperaban dos horas de viaje. El hombre no había querido retrasarse más y apenas acabada la pequeña ceremonia había preferido partir. Miré hacia atrás y vi mi pasado despidiéndome. Allí quedaba todo lo que había sido. Vi por última vez la pequeña granja en la que había vivido dieciocho años y las figuras empequeñecidas de mis padres y mis hermanas, que poco a poco fueron confundiéndose con los colores de la tierra hasta desaparecer.

No tardamos mucho en dejar atrás Baierbach, de donde yo nunca había salido. Sobre el camino de tierra, los caballos levantaban un ligero polvo que me hacía toser de vez en cuando, lo que aprovechaba para girarme y observar al que ya era mi marido. Era alto y tenía que levantar un poco la mirada para ver su cabeza recortada por la luz del sol. Tenía la piel verdácea y su

expresión era seria y triste. Las venas de su cuello se marcaban cuando agarraba las riendas con fuerza.

No me daba miedo, porque mi padre también era serio y estricto, y yo nunca le había dado motivos para castigarme severamente. Siendo la mayor, yo había trabajado siempre duramente, tanto en el campo, igual que un chico, como en las tareas domésticas, como mi madre, fregando, cosiendo y cocinando para todos. Así que no me asustaba tampoco el trabajo que me esperaba en su granja.

El viaje fue largo e incómodo. Él no hablaba y yo no me atrevía a preguntar todo lo que mi curiosidad imaginaba. Tan solo aprovechaba para mirarlo e intentar acostumbrarme a su rostro serio y curtido, ensombrecido por horas bajo el sol, y a esas manos endurecidas que llevaban con fuerza las riendas. Era quizá algunos años mayor que mi padre y, como él, era alto y fuerte. Imaginaba que si me abrazara me perdería entre sus brazos como si me envolviera en una gran manta.

Paramos a mitad de camino para comer algo, pero ni siquiera entonces bajamos del pescante. Después de comer, con algo de vergüenza, temiendo que quisiera emprender en seguida de nuevo el camino, le pedí bajar para hacer mis necesidades. Me alejé lo más posible para hacerlo entre arbustos, lejos de su mirada, y él aprovechó para bajar a dar agua a los caballos.

Retomamos el camino y una hora después atravesamos un campo de labranza y los hombres se quitaron el sombrero a su paso y me miraron con disimulo. Las mujeres, sin embargo, me miraron directamente como si

quisieran pesarme con la mirada y saber si mi pequeño cuerpo iba a ser capaz de darle un hijo a aquel hombre.

Después, llegamos a la casa, que era mucho más grande que la nuestra. La cocina era enorme y contaba con una despensa casi tan espaciosa como la propia cocina. Como hasta ahora, aquí también tendría que cocinar y limpiar, pero al menos había alimento suficiente y éramos menos, lo cual también significaba menos trabajo.

Subimos a dejar mis cosas a la planta de arriba, donde estaban los dormitorios. Al contrario que mis padres, el hombre no dormía en la misma habitación que su difunta esposa, donde ahora dormiría yo. Como habíamos comido durante el camino, me dijo que descansara y se marchó.

Lo primero que hice fue abrir el armario, que estaba lleno de vestidos. Eran preciosos. Tendría que arreglarlos, porque yo no era tan alta; aún tenía que crecer. Sin embargo, pensé, sí que tenía pecho suficiente para llenar muy bien aquellos vestidos.

Aunque estaba cansada, no pude resistirme a probarme uno. Quedaba claro que tendría que acortarlo y hacerle otros arreglos; quizá abrirlo un poco en la parte del pecho, porque me apretaba un poco, pero me encantaba. Yo nunca había tenido vestidos como esos.

Al quitármelo, quedó mi pecho desnudo reflejado en el gran espejo que ocupaba un rincón de la habitación. Me observé en él y, al ver duplicada también en el espejo la habitación grande y vacía a mi espalda, eché de menos a mis hermanas, pues estaba acostumbrada

a compartir con ellas el espacio y la intimidad de quitarnos la ropa para ir a dormir. Al acoger mis pechos con las manos para calibrarlos frente al espejo, recordé cómo Frida los envidiaba cuando crecieron, pues ella, dos años más pequeña, solo tenía esos pequeños bulbos que apenas comenzaban a pujar. Yo le decía que, como las cebollas, empiezan siendo pequeñitos, pero por dentro cada día crecen nuevas capas y antes de que se diera cuenta tendría un pecho tan abundante como el mío. En cambio, yo le envidiaba a ella la redondez de su culo, porque mantenía aún esa forma casi infantil, perfectamente redonda como media naranja. Me giré para observarlo también en el espejo y vi cómo asomaba su color rosado entre la apertura de mis calzones. Aunque fuerte y carnoso, no dibujaba esa curva tan marcada que tenía el culo pequeño de Frida.

Vestida solo con los calzones, recorrí descalza cada rincón de aquella habitación, tan enorme y llena de objetos que me fascinaban, y, finalmente, agotada y excitada de tantas emociones, me tumbé sobre la cama, mucho más grande que la que hasta la noche anterior yo compartía con mis hermanas.

Empecé entonces a temer la llegada de la noche. Por una parte, me asustaba dormir sola, acostumbrada a compartir el sueño con mis hermanas, y especialmente en esa habitación en la que no hacía mucho había muerto aquella mujer, que nunca había tenido buena salud y quizá por eso no pudieron tener hijos. Pero, por otra parte, también lo temía a él. Mi madre me había dicho que la primera vez iba a dolerme, pero que

no debía preocuparme, pues no era un dolor que no pudiera soportar, y después sería más fácil. Solo tenía que dejarle hacer a él y todo iría bien.

Y así fue.

Yo había disfrutado preparando la cena, que habíamos comido en la mesa grande de la cocina. Estuvo algo más hablador y me explicó las tareas del campo, aunque yo las conocía bien. Después me lavé y me metí en aquella cama grande, disfrutando de la suavidad de las sábanas y del olor dulce que desprendían. Aunque estaba agotada por el viaje, no podía dormirme y entonces entró él. No traía ninguna luz y se movió a oscuras por la habitación lentamente hasta llegar a mi cama. Apartó la sábana y me levantó el camisón hasta la cintura, dejando al descubierto mi pequeño huerto, aunque en la oscuridad no podía verlo. El camisón lo había encontrado en el armario y, aunque era demasiado largo, no pude resistirme a ponérmelo. Él, en cambio, no pareció reparar en la suavidad de la tela, ni preocuparse más que por apartarlo.

Sentí en seguida su piel dura y caliente en mis muslos y la sensación me recorrió todo el cuerpo. Se colocó sobre mí y noté su aliento cálido y acre en mi cara. Sus piernas peludas ardían sobre las mías, generando en mí a la vez un cosquilleo y un escalofrío. Cuando percibí aquella dureza abriéndose paso entre mis piernas, el pánico que surgió en el momento en que lo oí entrar en la habitación empezó a dejar espacio a otros sentimientos. Tenía miedo, pero a la vez el contacto de aquella piel me resultaba agradable, haciendo nacer

en mi cuerpo respuestas nuevas que nunca había experimentado. Una fuerte punzada y un desgarró, como cuando de niña me enganché la pierna al caer por las escaleras, rompieron de pronto esos sentimientos. Fue algo muy intenso y breve. Y después, no sé si el recuerdo de ese dolor, o el propio dolor ya atenuado, continuó durante unos segundos, a la vez que percibir dentro de mí aquella cosa lo calmaba, igual que un paño caliente sobre una herida. Fue muy rápido. Se levantó de nuevo y se marchó.

Me quedé dormida olvidando el dolor, pero afe-rrándome a esa otra sensación tan breve, pero tan nueva e intensa, como a una almohada a la que abrazarme, igual que a veces estrechaba a mi hermana mientras dormíamos.

II

POR LA MAÑANA ME DI CUENTA DE QUE EL CAMISÓN SE había manchado. Sentí tristeza al pensar que quizá no podría volver a usarlo, ya que iba a costarme quitar aquellas manchas oscuras. Me resultaba muy agradable su tacto sobre mi piel. Era como una caricia. Lo froté en el lavadero junto con otras ropas que había que lavar y conseguí dejar apenas unas tenues sombras, pero no se secaría para poder volver a usarlo por la noche. Me había acostumbrado ya a ese tacto y no quería ponerme mi viejo camisón, que me resultaba áspero.

Así que la segunda noche me acosté desnuda, ya que las sábanas tenían también un contacto suave y sentir las sobre mi piel era muy agradable. Me gustaba moverme despacio en la cama para notarlas deslizándose por mis piernas y por mi pecho.

No pensé que él volvería de nuevo. Debió de sorprenderse al buscar en los tobillos la tela del camisón para levantarlo como la noche anterior y encontrar ya mi cuerpo desnudo. Pero no dijo nada. Nuevamente se

encaramó sobre mí, pero esta vez mi pequeño huerto no mostró resistencia y su miembro entró como quien conoce un camino en la oscuridad. Fue igual de breve que la noche anterior, pero no hubo dolor, sino solo ese placer que comenzaba a elevarse hacia mi pecho y que antes de alcanzarlo sentía partir cuando él se despegaba de mí y se marchaba. Me agarraba al recuerdo de esa sensación intentando que no se fuera deshinchando hasta desaparecer; quería estirla, buscando encontrar lo que faltaba, pues tenía la impresión de que era el inicio de un camino ascendente cuya cima no había alcanzado.

Las siguientes noches en las que entraba en mi habitación yo quería que aquello durara más, pero, siguiendo el consejo de mi madre, solo me dejaba hacer, sin intervenir en absoluto, por lo que no sabía cómo podía conseguir que no se marchara tan rápido y así descubrir el final de ese camino que imaginaba como observar un paisaje hermoso tras un largo ascenso en la montaña. Sin embargo, él repetía metódicamente el mismo comportamiento cada vez. Yo sentía su aliento en mi cuello y su pecho sobre mi pecho, aunque él no lo dejaba caer sobre mí —su peso, temía yo, me aplastaría—. Mis brazos quedaban apretados a mi cuerpo, enjaulados por sus manos, cuyas palmas se apretaban sobre el colchón. Yo quería tocarle, pero no me atrevía y solo podía estrujar con mis manos las sábanas.

Aquellas primeras semanas sucedió varias noches, pero después, aunque con algo de vergüenza, tuve que decirle que me había venido la sangre. Esos días pa-

recía más enfadado que de costumbre, quizá no tanto porque no pudiera visitarme como porque significaba que todavía no iba a darle un hijo. La mala salud de su difunta esposa tampoco había hecho posible la paternidad y él había buscado precisamente una mujer joven y fuerte para asegurarse de tener descendencia. Yo era fuerte, tras años de cargar en la granja de mis padres como si fuera el muchacho que no había en la familia y, aunque aún pequeña de estatura, era de proporcionado pecho y caderas, justo lo que él buscaba para dar cabida y alimento a su hijo. Pero quizá, además de la salud de su mujer, tampoco la suya fuera buena, o tal vez se debía a su edad, porque transcurridos dos meses el deseado embarazo no llegaba.

Y mientras él perseguía ese deseo, yo intentaba cada noche mantener al menos un instante más ese placer recién descubierto, ascender un poco más en esa escalada cuyo final yo misma me prometía extraordinario. Pero ni él ni yo alcanzábamos nuestra meta y también yo empecé a estar malhumorada durante el día, obsesionada con alargar esa sensación algo más de esos pocos segundos que él me daba y descubrir lo que sabía que debía de faltar.

Él se marchaba temprano a supervisar las tareas del campo y yo me quedaba sola. Recogía, fregaba, lavaba, cosía y preparaba la comida. La vida en la granja no se diferenciaba demasiado de la que llevaba antes, salvo por faltarme la compañía de mis hermanas, que no solo me ayudaban en muchas tareas, sino que con ellas compartía juegos y bromas, haciendo así más amenos

los días, que ahora se sucedían iguales uno tras otro. Sin ellas, todo era mucho más duro y me faltaba alguien con quien poder hablar, reír o simplemente correr por el bosque, persiguiéndonos.

Las noches en las que lo oía entrar en su habitación y sabía que ya no vendría a buscarme, intentaba descubrir el lugar donde nacía ese placer que me había descubierto. Mis dedos empezaron a sembrar por su cuenta en mi pequeño huerto. Encontré la entrada y poco a poco me atreví a dejar que mis dedos imitaran el movimiento de aquel hombre. El placer estaba allí y yo podía mantenerlo más tiempo, tanto como quisiera. Tal y como sospechaba, había mucho más camino que el que él recorría. Incluso las noches en las que él venía, empecé después a continuar el sendero por mi cuenta, disfrutando solo con mis manos y encontrando el placer no solo en mi pequeño huerto, sino también al acariciar todo mi cuerpo, pues mis pechos en esos momentos crecían, como si se esponjaran y, al acariciar sus puntas con mis dedos, disfrutaba también de un placer nuevo, como si unos fuertes brazos me ayudaran tirando de mí en esa escalada hacia la cima.

Aquello se convirtió en mi juego, mi diversión diaria después de un duro día de trabajo, pero quería saber más. Sentía curiosidad por conocer también el cuerpo de él, especialmente su miembro. Lo sentía entrar y salir, pero no sabía cómo era. Quería verlo y tocarlo, pero no me atrevía, pues mi madre me había advertido de que debía dejar que fuera él quien se encargara de todo y limitarme solo a dejarlo hacer.

Él seguía hablando poco y venía cada vez menos. Y el deseado embarazo no llegaba y yo me desesperaba. Así que una noche decidí probar algo. Me hice la dormida. Dejé encendida la lámpara sobre la mesita, como si hubiera estado leyendo uno de los libros que tenía la difunta señora. Dejé caer el libro abierto sobre la cama, deslicé la sábana para dejar libres casi por completo mis pechos y cerré los ojos. Mi idea era así poder verlo. Él entró y, al darse cuenta de que una pequeña llama titilaba en la lámpara iluminándome ligeramente, se debió de parar en la puerta, pues no oí sus pasos avanzar. Temí que se marchara. Pero entonces, al creer que yo dormía, se acercó sigiloso y se quedó quieto a los pies de la cama. Sentí un nuevo y extraño placer al saber que él me miraba. Hasta ahora, él no había visto mis pechos desnudos y yo sentía o imaginaba sus ojos acariciándolos. Noté el deslizarse lento de la sábana por mi cuerpo. Él tiraba de ella y poco a poco desvelaba el resto de mi piel. No me atreví aún a abrir los ojos y no sé cuánto tiempo pasó, seguramente solo unos segundos, antes de oír cómo se bajaba el pantalón. Solo entonces entreabrí apenas los ojos para vislumbrarlo, pero solo pude fugazmente ver su miembro antes de que se tumbara sobre mí. Entró de un solo golpe sin encontrar impedimento alguno y en apenas un instante noté que perdía su fuerza. Pero esta vez, al hacerlo, cayó de costado a mi lado y su mano se posó sobre mi pecho. Sentí a la vez la aspereza de su palma y el palpito de mi corazón en la punta del seno, que parecía querer horadar su mano.

Al levantarse, y mientras se subía los pantalones, pude ver entre sus piernas como un pequeño caracol enredado en una sombra negra, nada que ver con la grandeza que había visto fugazmente unos instantes antes ni con lo que sentía dentro de mí. Evité mirarle a la cara, pero antes de marcharse nuestros ojos se encontraron y me pareció ver un amago de sonrisa.

A partir de aquella noche volvió a venir con más frecuencia, como las primeras semanas. Ahora venía siempre con una lamparilla en la mano, se acercaba directamente y la dejaba sobre mi mesilla. Retiraba la sábana despacio y descubría mi cuerpo, que miraba de arriba abajo, evitando mis ojos, que ahora sí permanecían abiertos, aunque evitando también su mirada. Me tocaba los pechos suavemente, intentando no apretar, pues sabía de la aspereza de sus manos. Yo no podía evitar sentir un extraño placer que él debía de notar en mi boca, que se entreabría como si necesitara dejar escapar poco a poco el aire que me presionaba el pecho. Su mano a veces se deslizaba hasta llegar a mis muslos, entre los que se introducía para separar mis piernas, y se detenía un instante como si le gustara sentir el calor que ahí nacía. Después, apagaba la luz, le sentía desnudarse y entraba directamente sin encontrar resistencia, pues mi pequeño huerto llevaba ya minutos esperándolo.

Aunque desde entonces esos momentos eran mucho más agradables y, durante el día, él también se mostraba más abierto y a menudo en la cena me contaba algunas anécdotas del día, yo no me atrevía a tomar

directamente ninguna iniciativa, pues temía que él lo considerara mal. La treta de la luz en la mesilla había salido bien, pero no se me ocurría cómo podría verlo con calma, tocarlo y así averiguar todo lo que me intrigaba del cuerpo masculino y lo que me hacía sentir.

Pero, en cambio, no había prestado mucha atención al muchacho. Debía de tener más o menos mi edad. Mi marido lo mandaba frecuentemente con fruta y verdura recién recogida que había apartado para casa. El muchacho la colocaba directamente en la despensa, un cuarto contiguo a la cocina en el que guardábamos los alimentos y donde del techo colgábamos también la carne para que madurara.

No me había fijado en él, pues no tenía un rostro muy agraciado. Supuse entonces que por eso, y porque el muchacho no parecía tampoco demasiado listo, era por lo que lo elegía para esa tarea. Lo que sí había notado eran sus miradas, especialmente a mis pechos cuando me inclinaba a ayudarlo con alguna de las cestas. Además, parecía tenerme un respeto reverencial, supongo que vicario del que le tenía a mi marido, y acataba mis indicaciones como si fueran órdenes, así que pensé que aquel muchacho podría servirme para investigar algo más sobre los hombres y saciar así mis muchas dudas y curiosidades.

Empecé a bromear con él cuando llegaba y a hacerlo reír con alguna gracia. Así que poco a poco fue perdiendo la tensión y el respeto que mostraba en cada visita, y un día le propuse un pequeño entretenimiento al que a menudo jugaba con mis hermanas en casa.

Con ellas, el juego era más sencillo, pues se trataba simplemente de descubrir un objeto solo tocándolo con los pies desnudos, pero a él le propuse una versión algo distinta.

Consistía en adivinar una fruta o verdura solo por el contacto en distintas partes de su cuerpo, empezando por la oreja y, si no acertaba, intentarlo después con la nariz, la boca... Para ello, claro está, el muchacho debía cerrar los ojos, pero, como no podía evitar abrirlos continuamente, finalmente se los vendé con uno de los trapos de la cocina.

Comencé con un limón, que acerqué al lóbulo de su oreja. A pesar de la rugosidad característica de la piel del limón, el muchacho no atinaba a descubrir de qué se trataba y encogía el hombro como en un espasmo cada vez que lo rozaba por su piel, así que el siguiente paso fue acercárselo a la nariz, rodándolo solo por el dorso, cerca del trapo que le cubría lo ojos, para que no pudiera olerlo demasiado, pero el aroma cítrico era tan fuerte que acertó finalmente.

—En la siguiente nos saltamos la nariz, pues ya has acertado con ella.

Cogí una hoja de lechuga y la pase nuevamente por su oreja, suavemente. El muchacho se reía por las cosquillas y movía todo el cuerpo como si lo agitara un viento travieso que soplara a la vez por ambos lados. Estaba claro que las orejas eran para él un punto sensible. Moví la hoja a través de su mejilla para llegar hasta su boca, por donde la pasé ligeramente y, aunque la deslicé entre sus labios, no acertó, así que la bajé hasta

su cuello y nuevamente el muchacho se retorció como si aquella fuera la caricia de un hada y, tras varios intentos fallidos, acertó.

Con la siguiente debíamos pues saltarnos el cuello. Esas eran las reglas que yo iba improvisando. Elegí a continuación una manzana. En la oreja no consiguió adivinar qué era, así que la giré sobre sus labios un par de veces y después la retiraba rápidamente para que no le diera tiempo a olerla demasiado. Tampoco acertó, así que me atreví a desabrocharle la camisa. Él no dijo nada, pero noté la tensión en sus hombros mientras mis dedos no podían evitar rozarle la piel. Dejé descubierto su pecho. Sobre él había una pequeña capa de vello rubio muy fino. Deslicé la manzana por su cuerpo, deleitándome en el salto que la manzana hacía al pasar por los pequeños botones rosados, que se endurecían a su contacto. Arranqué el rabillo de la manzana y me divertí haciendo encajar en el recoveco ahora libre cada uno de los pezones del muchacho. Después de decir varias frutas al azar terminó acertando.

Él seguía temblando un poco, sensible al contacto de la fruta por su piel y agitado por las sensaciones que le provocaba, mientras que a mí el juego me divertía y me excitaba a partes iguales. Cogí un tomate y nuevamente lo acerqué a su oreja. Me entretuve acariciándosela, disfrutando de sus reacciones ante el contacto con la piel suave del tomate. A continuación, cuando iba a acercarlo a su boca, presa de una excitación que me desbordaba el corazón, se me ocurrió hacer un cambio. Dejando el tomate sobre la mesa, me desabroché tor-

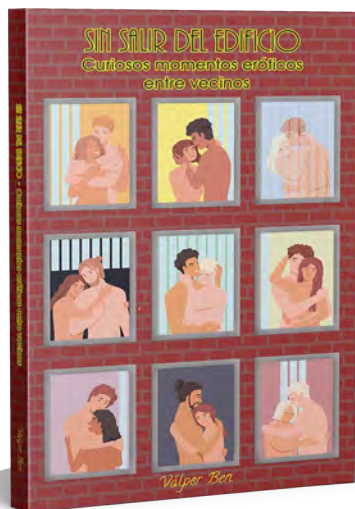
pemente tres botones del vestido para poder liberar un pecho, que acerqué lentamente a su boca. Dejé que sus labios apenas rozaran la curva exterior y yo sentí que ese contacto me hacía a mí también temblar. En la siguiente pasada dejé que la punta, que se había endurecido, quedara un instante entre sus labios, como si fuera el pedúnculo de la fruta que debía adivinar. No sé si el muchacho se dio cuenta de que aquello era una fruta muy distinta de las otras, pero desde luego no acertó con su nombre, aunque sin duda debió de notar que estaba caliente, pues yo me sentía arder y el contacto con sus labios me hacía respirar de forma entrecortada, aguantando el suspiro que me crecía en la garganta.

Debía pasar a otra parte de su cuerpo y ya no podía ser el pecho, así que abrochándome rápidamente decidí volver a coger el tomate y pasarlo por su vientre, haciéndolo girar alrededor de su ombligo. El muchacho tiritaba y noté que bajo su pantalón el bulto de su miembro pugnaba por escapar. Con el corazón latiendo con fuerza y sumida todavía en la excitación que me había provocado el contacto de sus labios en mi pezón, no me di cuenta de que apretaba el tomate con demasiada fuerza y explotó sobre el abdomen del muchacho. A sentir el frío de la pulpa, se incorporó en un acto reflejo. Se quitó el trapo de los ojos y los dos nos reímos a carcajadas mientras con el mismo trapo se limpiaba, pero me di cuenta de que sus ojos se posaban en mi escote, más abierto que cuando el juego empezó, pues no había acertado a abrochar los últimos botones.

SIN SALIR DEL EDIFICIO

CURIOSOS MOMENTOS ERÓTICOS ENTRE VECINOS

Válper Ben



Sin salir del edificio

*Curiosos momentos eróticos
entre vecinos*

Válper Ben

Páginas: 126

Publicación: 12/06/2022

Tapa blanda: 7,99 €

Ebook: 1,99 €

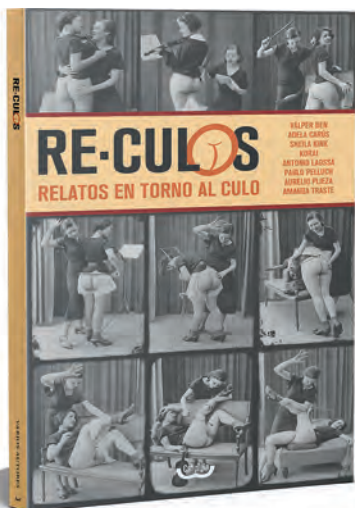
Disponible en Amazon y
en www.calipigia.es

Divertidas situaciones eróticas que suceden en una comunidad de vecinos cualquiera y sin salir del edificio.

¿Por qué cada mañana aparece una prenda femenina en el pomo de la puerta del 1.º izquierda? ¿Cómo llegó la joven que reparte el correo al jacuzzi de un vecino? ¿Cuándo tender la ropa en la azotea fue más tierno? ¿Qué sucedió en el garaje que tanto avergüenza y divierte al joven del 4.º? ¿De qué forma una broma de dos amigas al boomer del 1.º acaba siendo toda una experiencia? ¿Por qué el vecino del 2.º pide a la portera que lo desate cada día? ¿Qué tiene que ver Frank Sinatra en que una cena entre vecinos acabe en un intercambio de parejas improvisado? ¿Cómo llegaron unos pantys desconocidos a la lavadora de la vecina del 3.º?

RE-CULOS

RELATOS EN TORNO AL CULO



Autores: Válder Ben, Adela Carús, Sheila Kink, Korai, Antonio Laossa, Pablo Pelluch, Aurelio Pliezia, Amanda Traste

Páginas: 100

Publicación: 14/02/2025

ISBN: 978-84-129865-0-1

Tapa blanda: 9,99 €

Ebook: 2,99 €

Disponible en Amazon y en
www.calipigia.es

Lo llamamos pompis o pandero si atendemos a su forma y tamaño; posaderas si nos fijamos en sus funciones; y trasero por el lugar que ocupa en nuestro cuerpo. Sea por su forma, su función o posición, el culo, a menudo considerado la parte más ínfima y baja del ser humano, nos atrae. Desconfía de quien no te mire a los ojos cuando le hablas, ni el culo cuando te vas, porque si la cara es el espejo del alma, el culo es su azogue. Por eso te ofrecemos en estas páginas ocho culos espléndidos a modo de espejo, si no para verte mejor, al menos para pasar un buen rato.

Confieso que he follado

Aurelio Plieza



Confieso que he follado
Memorias de un diletante
del sexo

Aurelio Plieza

Páginas: 300

Publicación: 06/2025

Tapa blanda: 14,99 €

Ebook: 4,99 €

Disponible en Amazon y
en www.calipigia.es

Cuando Aurelio se decide a escribir sobre sí mismo descubre que lo que ha vertebrado su vida a lo largo de los años ha sido el sexo: su curiosidad por el cuerpo femenino, su búsqueda del placer estético y físico en el el acto sexual y en definitiva la persecución perpetua del erotismo.

Así que no puede ser otro el hilo conductor de su biografía que esa pasión por el sexo que nace en su preadolescencia y lo acompaña hasta el momento en que, prácticamente prejubilado, decide sentarse frente al ordenador a rememorar todos esos momentos, sin escamotearnos nada.

Son tantos y tan apasionados que estas páginas solo pueden abarcar los años de su juventud, quizá los más intensos por estar permeados de las sorpresas iniciales; de ese encanto de lo que sucede por primera vez.



www.calipigia.es